

Mas el espíritu no ha creado jamás obra de reaccion semejante. Se fundaron los Estados modernos, inexpugnables en sus comienzos, á guisa de otras tantas fortalezas y seguros para salvar el viejo dogma y vencer la nueva idea; se atizaron y encendieron las hogueras de la Inquisicion universal, en cuyas ardientes llamas debia consumirse hasta el esbozo mas borrado de la herejía y el gérmen mas diminuto de la independenciam; se organizó una especie de Pontificado nuevo, resistente, incontrastable, absoluto, el cual acertó á contar con papas como Pio V, Paulo IV, Sixto V, dignos de alzarse por la elevacion de sus miras y la firmeza de sus caracteres junto á Gregorio VII é Inocencio III, los dos astros de mayor magnitud en la Edad media; y ninguno de todos estos grandes poderes alcanzó lo que alcanzára el jesuitismo, ninguno alcanzó á poner el inmenso Imperio español, envidiado desde sus tumbas por los principales conquistadores, á servicio del retroceso universal como dócil instrumento; á convertir Portugal y sus colonias de Asia y América y Africa en vastísimas y diseminadas escuelas de servidumbre intelectual y moral; á tender una red tan espesa de tinieblas palpables en torno del planeta, que pareciera por algun momento identificados el humano espíritu y el espíritu jesuítico; á dirigir aquí la matanza de San Bartolomé contrariando todo el genio íntimo y toda la vocacion natural del pueblo francés, quien salido de las garras jesuíticas por el Edicto de Nantes, recae otra vez en las garras jesuíticas por su revocacion; á contrastar de tal suerte la fuerza del Protestantismo en Alemania que pudieron creerse vencedoras Austria y Baviera y perdido por completo el genio germánico, quien necesitó de toda una Prusia y de todo un Federico el Grande para salvarse; á interrumpir de tal modo con los Estuardos la finalidad histórica de Inglaterra, que por un momento se la creyó vencida en poder del catolicismo histórico y del absolutismo realista y tradicional; á penetrar en la China, en el Japon, en el Congo; á establecer una sociedad comunista en el Paraguay y una tutela férrea en el Brasil; á educar el Ecuador y Colombia, como pueblos doctrinos suyos, de los cuales todavía pugna por su emancipacion el primero; á oponer tal dique á todos los progresos contemporáneos, que así como en el grano de la semilla se halla el gérmen, la planta, la flor y el fruto, se halla en el alma de Ignacio reducida y compendiada la reaccion de la humana historia con todas sus fuerzas y todos sus horrores.

Nunca se vió tan clara la fuerza del odio. Santa Teresa compadecia de todo corazon al diablo, porque el infeliz se halla imposibilitado de amar. Si las pasiones contrarias se corresponden; ¡ah! ningun hombre habrá en el mundo amado tanto como Loyola, porque ninguno ha tanto aborrecido. La cólera propia del combatiente se levantó en él á estado general de su ánimo. Odió la nueva idea con pasion vehemente y al mismo tiempo tenaz, cualidades que parecen excluirse y anularse mutuamente. No fué su oposicion al Protestantismo un arrebató súbito; fué una negacion radical, en la que puso toda su sangre, sus músculos, sus nervios, su corazon, su inteligencia, el ser de su ser. Dormido, despierto, en el silencio, en el comercio de las gentes, en la soledad del claustro, en todos los minutos y en todas las fases de su vida, creyóse aquel capitán de tercios sitiado en Pamplona, solo que por algo superior á los ejércitos franceses, por la herejía protestante, vómito del infierno sobre la tierra maldecida. Dominado Ignacio por esta pasion suprema, llamó en su socorro y en su auxilio todas las pasiones secundarias á ella sometidas y subordinadas. Desasido de la corte que lo educara, de la familia en que naciera, de la nacion misma; como expósito sin patria, sin padre, sin hermanos, cuanto mas se reconcentraba en sí, mas vivo y voraz sentia el fuego del odio al Protestantismo que calcinaba sus huesos y consumia su sangre. En ningun tipo de la historia se ve tan clara la diferencia radical entre la cólera súbita y el odio porfiado y sistemático. La historia, de suyo á veces mas trágica en su realidad que la tragedia misma del arte, ha inventado y ha querido, con mayor ó menor fundamento, que Bruto fuese hijo del mismo César á quien sacrifica é inmola, para que se viese toda su exaltacion, mas fuerte cuanto mas reconcentrada, contra el cesarismo infame, que iba, de triunfos increíbles armado, á matar la República de Roma, aquella República idólatra, cuyos labios arrojaron los gérmenes del derecho civil en el mundo, y aquel Senado, cuya fuerza y autoridad mantuvieran las antiguas instituciones libres. Pues así, una concentracion, un odio de este clásico temple y de esta implacable crueldad es la concentracion y el odio de Ignacio y sus discipulos á la reforma religiosa y sus consecuencias inmanentes en la vida y en la historia. Los movimientos del corazon suyo no se aceleran en el pecho de bronce; los vapores de la hiel no se suben á la cabeza tranquila y serena; las

descomposiciones de los nervios no se resuelven, no, en arrebatos inconscientes; astuto, doble, porfiado, intencionadísimo, tenaz, tiende á la nueva idea, que abre sus alas en lo infinito, la tela de araña en que ha de cogerla y extirparla. Nada de franqueza en sus acciones, nada de claridad en sus móviles; el pobre instrumento de sus planes, concebidos con una reflexion suprema, no ha de saber á dónde va, ni por dónde va, ni qué hace, mas meritorio cuanto mas crea y mas haga lo que le contradice y lo que le repugna. Apenas podemos saber la fisonomía de Ignacio, porque ninguno de sus retratos tiene la indispensable autenticidad; sin embargo, si leéis á Rivadeneira, y tomáis al pié de la letra sus noticias, encaminadas todas á la deificacion ó apoteosis del maestro, encontrareis en su cuerpo menudo y avellanado; en la frente ancha que no trasluce la intimidad interior de su idea; en sus cejas espesísimas, bajo las cuales se oculta una mirada profunda de avizora curiosidad y de concentrado desprecio; en sus párpados encogidos y arrugados, como si no pudieran resistir la luz del dia; en su nariz aguileña, ó como él mismo dice, alta y combada; todas las señales reconocidas por la fisiología y por la psicología modernas en el colérico sistemático y reconcentrado. Luego aquella palidez tradicional, que sus retratistas mas ó menos auténticos se han gozado en prestarle; aquellos labios lívidos tan opuestos á la color viva prestada por sus biógrafos al semblante santo; aquel estómago, á cada paso contrariado en sus funciones digestivas; aquella seguridad del desquite hasta en los momentos mas adversos; aquella contradiccion extrema, resultado natural de invencibles aversiones, demuestran con demostracion evidentísima que nos hallamos frente á frente de un hombre, así el natural como el tradicional, cuyo númen capitalísimo es el odio al espíritu moderno. Evocad todas las reacciones de la historia, todas, aquella reaccion de los paganos contra el Cristianismo representada por la escuela de Alejandría y por Juliano el Apóstata en los comienzos del mundo moderno; aquella reaccion gnóstica y maniquea, que nos empujaba fuertemente hácia el Asia en los comienzos del Cristianismo; aquella reaccion carolingia, que resucitando el Imperio romano, queria matar la variedad y el individualismo propios de la Edad media; evocadlas todas poniéndolas en frente de esta reaccion suprema, en lo mas hondo del espíritu arraigada, tendida como un árbol venenoso por la inmen-

sidad de los cielos; y os parecerán juegos de niños en comparacion y en paralelo con la colosal obra de gigantes, que se conjura ella sola y á un mismo tiempo contra las leyes del espíritu, contra la esencia de la naturaleza humana, contra el movimiento de la historia universal, contra el mandato de la divina Providencia.

Indudablemente Ignacio no comprendió, desde sus comienzos, toda la trascendencia de su obra. Ninguna disposicion de la niñez propendia en él, ni á las ideas religiosas, ni á la vida conventual. De sentir pronto vocaciones apostólicas, empleara de un lado en el estudio y de otro lado en la penitencia todo el tiempo empleado en los amores y en los combates. Un hombre, que comienza los primeros estudios á la edad provecta de treinta y cinco años, en una vida que no se dilata mucho mas allá de los sesenta, prueba con qué inclinaciones naturales vino al mundo tan contrarias de suyo á los destinos realizados en la sociedad y en la historia. Nosotros perdimos en la fortaleza de Pamplona, cuando Ignacio cayera maltrecho, quizás el primer general de nuestra milicia. La herida cruel cerró todos los horizontes á su vocacion propia y le abrió aquellos cielos del espíritu, por los cuales se discurre con las alas de la oracion y del pensamiento, crecidas en él á proporcion y medida que le iban faltando los piés para detenerse y fijarse aquí en la tierra. Y aun despues de aquella crisis, denominada por sus biógrafos la conversion de Ignacio, pensó, como buen vasco, en correrías peligrosas, empresas difíciles, reconquistas de Jerusalem y su Sepulcro, antes que pensara en la reaccion porfiadísima y universal, cuyos golpes tanto habian de herir á la razon y á la libertad. La órden de los jesuitas se fundó en Montmartre para la reconquista de Jerusalem, donde Ignacio, solo y entregado á sus fuerzas propias, quiso un dia realizar y cumplir lo que no habian realizado y cumplido los siglos de fe y las cruzadas de Europa. Y en Venecia distrájole de aquella vasta empresa de reconquista, no la propia reflexion, sino el poder de los turcos interpuesto como inexpugnable muro en las vías conducentes al logro de su empresa. Destruida ya la postrer esperanza suya de realizar algo que tuviese relacion mas ó menos lejana con sus antiguas aptitudes militares; pensó en oponer á la religion espiritual del Protestantismo aquella religion materializada suya donde la imágen superaba con mucho á la idea, y en organizar aquel ejército,

modelo de astucia y de doblez, superiores para una obra espiritual á la fuerza y á la violencia. Hé aquí los caminos por donde llegara el organismo vivo de aquella reaccion universal. Pocas inspiraciones súbitas en su seno; mucha reflexion, como cumple á quien opone un pensamiento muerto á un pensamiento progresivo y vivaz. San Ignacio no pertenece á los genios, que hallan pronto su camino, y que lo siguen resueltos sin vacilaciones y sin desmayos. No es como aquel Ovidio, que contrariado por su padre austero en la gozosa vocacion de poeta, decia en verso las mayores vulgaridades y la prosa mas corriente de la vida; no es como aquel Giotto, que nacido y criado en establos y apriscos, al par que guarda sus ovejas, escribe sobre las arenas del Arno, con su cayado, figuras mas ó menos geométricas, primeros borradores de sus cuadros, trazadas por soberanas intuiciones á la luz de inspiracion sobrenatural; no es como aquel Mozart, que nace cantando, y que solo necesita, como el ruiseñor criado desde su nido entre arpegios, oír las voces de su alma para componer las mas suaves melodías: la vocacion de Ignacio llega tarde, y se desarrolla con lentitud y con mesura, como si la sociedad y la naturaleza de consuno se negaran á producir contra el progreso aquella insuperable resistencia. Es Ignacio de la estirpe de Beethoven y de Rousseau, quienes dieron tarde con las vocaciones á que debieran su gloria. Beethoven gustaba de escribir y no de componer; mientras Rousseau gustaba de componer y no de escribir, cuando Rousseau era un escritor y Beethoven un músico, profesiones halladas por uno y otro, como centro natural de sus almas, despues de grandes resistencias individuales á sus propios irrevocables destinos. Hubo en Ignacio de Loyola en realidad dos vidas. Pertenece, pues, á la estirpe llamada por el ilustre Ferrari, gran observador de las leyes históricas, «Gli uomini dalle due vite.» Es como Voltaire, quien pasa la primera parte de su existencia conciliándose con la monarquía y con la Iglesia para pasar la segunda parte combatiéndolas; es como Goethe, que llega desde los estremecimientos epilépticos del Werther á la serenidad olímpica de Ifigenia y de la segunda parte del Fausto. Capitan Ignacio de tercios castellanos, pasa luego á general de la reaccion europea, sin abandonar en el fondo la vocacion capitalísima de su vida, en sus dos partes contradictorias; la guerra y la milicia.

Examinemos á Ignacio tal como nos lo presentan sus discípulos, para que

le veamos bajo todos sus aspectos y le consideremos en todas sus manifestaciones. Desde luego resalta la vehemencia, como la calidad principal de su complexion y temperamento. Cuando rezaba los oficios habituales en todos los eclesiásticos, tal atencion queria poner en todo cuanto rezaba que volvia mil veces sobre lo dicho, y no acertaba con el término de su rezo, por desconfianza de sí propio y temor á no haberlo todo leído cual estaba en sus obligaciones. De cuál magnitud no seria la turbacion de Ignacio, cuando influyeron á una sus discípulos en el Pontífice á fin de obtener dispensacion al rezo cotidiano, para que tales prácticas no alterasen su salud y acabasen con su vida. Cuentan que una vez, hallándose de rodillas ante místico cuadro en extática oracion, apareció un criado que le traia cartas de su tierra, y temeroso de que le divirtieran el pensamiento de su ocupacion divina, echó las cartas al fuego sin abrirlas. Para encarecer su caridad refieren los biógrafos autorizados y ortodoxos que se metió dentro de bituminosa laguna en las cercanías de Roma, con el fin de hablar desde allí á un adúltero, el cual pasaba por sus orillas todos los dias en demanda de su adulterio, y requerirle á dejar sus pecados, requerimiento por cierto con gran prontitud oído, pues se convirtió el pecador á la vista de tan extravagante penitencia.

En prueba de la caridad de Ignacio cuenta la liturgia de su orden otro caso. Estudiando Ignacio en Paris, un su compañero de aposento se le alzó con una cantidad que le diera en depósito para guardarla. Este alzamiento con caudal reducido, pero indispensable á la vida del eclesiástico, púsole á éste por entonces en tal aprieto, que con detrimento de sus estudios, salió á pedir limosna por calles y encrucijadas. Pasado algun tiempo, enfermó en Ruan el redomado estafador; y viéndose ya en trance de agonía, escribió á Ignacio para que le acorriera con sus oraciones y le socorriera con sus auxilios. El Santo, que se hallaba en Paris á la sazón, asaltado por mil ocupaciones diversas, tomó el camino de la ciudad, á donde le llamaban sus instintos caritativos y anduvo tres dias descalzo y ayuno, sin gustar un bocado de pan ni beber una gota de agua, en alivio del que así le habia engañado y perdido. Tambien cuentan que hubo un desalmado, el cual, vestido de diablo, subió cierto dia la escalera del desvan donde habitaba Ignacio, para herirlo y martarlo, cosa de que se arrepintió de súbito; pero no con tal resolucion, que lue-